Bello, Andrés. "Las poesías de Horacio traducidas en versos castellanos, con notas y observaciones, por don Javier de Burgos", *Repertorio Americano* 3(98) (1827). Reproducido en A. Bello, *Obras completas*, Santiago de Chile, P. G. Ramírez, 1881-1890, IX (*Temas de crítica literaria*), 251-288.

ANDRÉS BELLO

LAS POESÍAS DE HORACIO TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, CON NOTAS Y OBSERVACIONES, POR DON JAVIER DE BURGOS

I

Pocos poetas han dado muestras de un talento tan vario y flexible como el de Horacio. Aun sin salir del género lírico, ¡bajo cuánta multitud de formas se nos presenta! No es posible pasar con más facilidad que él lo hace, de los juegos anacreónticos a los raptos pindáricos, o a la majestuosa elevación de la oda moral. El posee los varios tonos en que sobresalieron el patriótico Alceo, el picante Arquíloco, y la tierna Safo, haciéndonos admirar en todos ellos una fantasía rica, un entendimiento cultivado, un estilo que se distingue particularmente por la concisión, la belleza y la gracia, pero acomodado siempre a los diversos asuntos que trata, y en fin una extrema corrección y pureza de gusto. Pero mucho más raras deben ser sin duda la flexibilidad de imaginación y la copia de lenguaje necesarias para trasportarnos, como él nos trasporta, de la magnificencia y brillantez de la oda a la urbana familiaridad, la delicada ironía, la negligencia amable de la especie de sátira que él levantó a la perfección, y en que la literatura moderna no tiene nombre alguno que oponer al de Horacio. No es grande la distancia entre las sátiras y las epístolas; y con todo, el poeta ha sabido variar diestramente el tono y el estilo, haciéndonos percibir a las claras la diferencia entre la libertad del razonamiento o la conversación, y la fácil cultura de la carta familiar, que, sin dejar de ser suelta y libre, pide cierto cuidado y aliño como el que distingue lo escrito de lo hablado. Y aunque su gran poema didáctico pertenece en rigor a esta última clase, tiene dotes peculiares en que el ingenio de Horacio aparece bajo nuevos aspectos tan comprensivo y rápido en los preceptos, como ameno en la expresión de las verdades teóricas del arte que enseña: maestro a un mismo tiempo y modelo.

Sería, pues, casi un prodigio que un traductor acertase a reproducir las excelencias de un original tan vario, juntándose a las dificultades de cada género las que en todos ellos nacen de la sujeción a ideas ajenas, que, privando al poeta de libertad para abandonarse a sus propias inspiraciones, no puede menos de entibiar en muchos casos el estro, y de hacer casi inasequibles aquella facilidad y desembarazo, que tan raras veces se encuentran aun en obras originales. El autor tiene siempre a su arbitrio presentar el asunto de que trata bajo los aspectos que mejor se acomodan o con su genio, o con el de su lengua, o con el gusto de su nación y de su siglo. Al traductor bajo todos estos respectos se permite muy poco.

No nos admiremos, pues, de que sean tan contadas las buenas traducciones en verso, y de que lo sean sobre todo las de aquellas obras en que brilla una

simplicidad que nos enamora por su mismo aparente descuido. Así Homero será siempre más difícil de traducir que Virgilio, y La Fontaine infinitamente más que Boileau. Juvenal ha tenido excelentes traductores en algunas lenguas modernas; pero ¿qué nación puede gloriarse de haber trasladado con tal cual suceso a su idioma las sátiras y epístolas del poeta venusino?

Prevenidos por estas consideraciones para apreciar en su justo valor los aciertos, y mirar con indulgencia los defectos de la nueva traducción de Horacio, no la creemos, sin embargo, capaz de contentar al que haya medido, en la lectura de los poetas clásicos de la España, los recursos de la lengua y versificación castellana, y que contemple la distancia a que el señor Burgos ha quedado de Horacio, particularmente en los dos géneros que acabamos de mencionar. La primera cualidad de que debe estar bien provisto un traductor en verso, es el fácil manejo de la lengua y de los metros a que traduce, y no vemos que el señor Burgos la posea en un grado eminente. Su estilo no nos parece bastante poético, ni su versificación fluida y suave. Pero en lo que juzgamos que este caballero desconoció totalmente lo desproporcionado de la empresa a sus fuerzas, y pasó los límites de una razonable osadía, es en la elección de las estrofas en que ha vertido algunas odas. Así le vemos, violentado de las trabas métricas que ha querido imponerse, unas veces oscurecer el sentido, y otras debilitarle. Un poeta lírico debe traducirse en estrofas; pero hacerlo en estrofas dificultosas es añadir muchos grados a lo arduo del empeño en que se constituye un intérprete de Horacio, que trata de dar a conocer, no sólo los pensamientos, sino el nervio y hermosura del texto.

Pero aunque juzgamos poco favorablemente del mérito poético de esta versión (y en ello creemos no alejarnos mucho de la opinión general), no por eso desestimamos el servicio que el señor Burgos ha hecho a la literatura castellana, dándole en verso (no sabemos si por la primera vez) todas las obras de aquel gran poeta; ni negaremos que nos presenta de cuando en cuando pasajes en que centellea el espíritu del original. Hallamos casi siempre en el señor Burgos, no sólo un intérprete fiel, sino un justo apreciador de las bellezas y defectos de lo que traduce, y bajo este respecto consideramos sus observaciones críticas muy a propósito para formar el gusto de la juventud, aficionándola al genio osado y severo de las musas antiguas, y preservándola de aquella admiración ciega, que por el hecho de hallarlo todo perfecto, se manifiesta incapaz de estimar dignamente lo que merece este título.

Parécenos justo comprobar nuestro juicio poniendo a la vista de nuestros lectores algunas muestras del apreciable trabajo del señor Burgos. Y empezando por la parte lírica, copiaremos desde luego la más bella de sus traducciones, que por tal tenemos la de la oda décima tercia del libro primero:

Cuando tú, Lidia, alabas
los brazos de Telefo,
y de Telefo admiras
el sonrosado cuello,
la bilis se me inflama,
y juicio y color pierdo,
y asómanse a mis ojos
lágrimas de despecho,
que a mi despecho corren,
indicios de este fuego
que lentamente abrasa
mi enamorado pecho.
Árdome si a tus hombros
en desmandado juego
el tierno cutis aja,
o si en tus labios bellos
el diente agudo clava
beodo el rapazuelo.
¡Ah! créeme, y no juzgues
que el amor será eterno
de ese que ahora mancha
con sus labios groseros
tu boca deliciosa,
que plugo a la alma Venus
inundar con su néctar,
perfumar con su incienso.
¡Mil y miles de veces
venturosos aquellos
que une en grata coyunda
amor con lazo estrecho,
lazo que no desatan
las quejas ni los celos!
El útlimo suspiro
sólo podrá romperlo.

No nos agrada ni la repetición de *despecho*, que, si estudiada, es de mal gusto, ni el recíproco *árdome*, de que no nos acordamos de haber visto otro ejemplo en el estilo noble ni el *inundar una boca con néctar,* ni el *suspiro* que *rompe un lazo.* A pesar de éstos y algún otro casi imperceptible lunar, hay naturalidad, hay ternura en esta composición; y si el señor Burgos hubiera traducido siempre así, dejaría poco que desear.

El examen que vamos a hacer de la oda tercera del libro segundo nos dará ocasión de notar, junto con algunas que nos parecen inadvertencias en la interpretación, la especie de defectos en que ha incurrido más frecuentemente el traductor.

Si de suerte importuna
probares la crueza,
muestra serenidad, Delio, y firmeza,
y en la feliz fortuna
moderada alegría,
que de morir ha de llegar el día:

Ora en honda tristura
hayas hasta hoy yacido,
o en la pradera solitaria, henchido
el pecho de ventura,
del falernio collado
hayas bebido el néctar regalado:

Donde pino coposo,
donde gigante tilo
preparar aman con su sombra asilo,
y el raudal bullicioso
por el cauce torcido
con afán rueda y apacible ruido.

Pues que no tu contento
turban cuitas ni canas,
ni el negro estambre de las tres
hermanas,
aquí süave ungüento,
y vino traer manda
y rosas que marchita el aura blanda.

Muriendo, el placentero
vergel y el bosque umbroso,
y tu quinta que baña el Tibre undoso,
debes a tu heredero
dejar, que ufano gaste
el oro que afanado atesoraste.

Que ora opulento seas,
e Inaco tu ascendiente,
ora de baja alcurnia descendiente,
ni humilde hogar poseas,
de la vida el tributo
has de pagar al inflexible Pluto.

Ley es la de la muerte,
y de todos los hombres
en la urna horrible agítanse los
nombres:
ahora y luego la suerte
y la nao lanzaranos,
y a destierro sin fin condenaranos.

No nos satisface[1] ni la *crueza de suerte importuna* comparada con la brevedad y eufemismo de *rebus arduis*; ni la tautología de *serenidad y firmeza*, que

---

[1] Agregamos el texto latino para facilitar el cotejo:

Æquam memento rebus in arduis
Servare mentem, non secus in bonis
Ab insolenti temperatam
Lætitia, moriture Deli,

Seu mæstus omni tempore vixeris,
Seu te in remoto gramine per dies
Festos reclinatum bearis
Interiore nota Falerni,

Qua pinus ingens albaque populus
Umbram hospitalem consociare amant
Ramis, et obliquo laborat
Lympha fugax trepidare rivo.

Huc vina et unguenta et nimium breves
Flores amœnæ ferre jube rosæ,
Dum res et ætas et sororum
Fila trium patiuntur atra.

Cedes coemptis saltibus, et domo
Villaque, flavus quam Tiberis lavit,
Cedes, et exstructis in altum
Divitiis potietur hæres.

Divesne, prisco natus ab Inacho,
Nil interest, an pauper et infima
De gente sub dio moreris
Victima, nil miserantis Orci.

Omnes eodem cogimur: omnium
Versatur urna, serius, ocius
Sors exitura et nos in æternum
Exsilium impositura cymbæ.

debilita la concisión filosófica de *aequam mentem*; ni mucho menos aquella rastrera trivialidad "que de morir ha de llegar el día", en que se ha desleído el vocativo *moriture*. Pero la estrofa segunda adolece de defectos más graves.

Hasta hoy es una añadidura que oscurece el sentido, porque el intervalo entre este día y el último de la vida se comprende necesariamente en el *omni tempore* del texto. Esto en cuanto a la sustancia. En cuanto a la expresión, *yacido* es desusado; *tristura* anticuado (y aquí notaremos de paso que el señor Burgos incurre bastante en la afectación de arcaísmos de la escuela moderna); *el pecho henchido de ventura*, impropio, porque *ventura* no significa una afección del alma; y casi toda la estrofa una recargada amplificación del original.

Nuestro traductor alaba con razón, como uno de los mejores cuartetos de Horacio, el tercero. "Obsérvese, dice, *pinus ingens, alba populus, umbram hospitalem, lympha fugax, obliquo rivo*, en cuatro versos. Obsérvese asimismo la frase atrevida *laborat trepidare*, que la índole excesivamente tímida de las lenguas modernas no permite traducir. El verbo *consociare* está empleado del modo más atrevido que lo fue jamás. *Consociare amant umbram hospitalem* es una manera de expresarse muy singular, reprensible tal vez en una obra mediana, pero admirable en uno de los cuartetos más ricos, más armoniosos que produjeron las musas latinas." La traducción de este paseje tan maestramente analizado es una prueba melancólica de que el gusto más fino puede no acertar a reproducir las bellezas mismas que le hacen una fuerte impresión.

¡Preparar aman con su sombra asilo!

¿No es durísimo el *preparar aman*? ¿Y dónde está el *consociare* que es el alma de la expresión latina? ¡Qué lánguida, comparada con la acción específica de este verbo, la idea vaga y abstracta de preparar! La *sombra hospedadora* de Horacio es un compuesto, cuyos elementos, disueltos en la expresión castellana, sustituyen a la obra viviente de la imaginación un frío esqueleto. Hasta la variedad de colores de *pinus ingens y alba populus* desaparece en la versión. El raudal ha tenido mejor suerte que los árboles; pero *ruido* repite el concepto de *bullicioso, y apacible* es algo contradictorio de *afán*.

En la cuarta estrofa, se echa menos el *nimium breves*, expresión sentida, que alude finamente a lo fugitivo de los placeres y dichas humanas; y la blandura del aura no es tan del caso como la amenidad de las flores, cuya corta duración aflige al poeta. En cuanto a los comentadores que encuentran malsonante el *amaenae ferre jube rosae*, no responderíamos con el señor Burgos que Horacio no estaba obligado a decir siempre lo mejor, sino que este poeta se propuso contentar el oído de sus contemporáneos, no el nuestro; que la desagradable semejanza que

hallamos nosotros en las terminaciones de estas cuatro voces, sólo se debe a la corrupción del latín; y que en los buenos tiempos de esta lengua la *e* final de *ferre*, la de *jube*, y el diptongo con que terminan *amaenae* y *rosae,* sonaban de muy diverso modo.

El *afanado atesorar* de la quinta estrofa no es de Horacio, ni hubiera sido un delicado cumplimiento a su amigo. Aún nos parece más defectuosa la sexta por la pobreza de las rimas segunda y tercera; por la oscuridad del cuarto verso, donde *ni* significa algo forzadamente *ni aun*; y por confundirse a Pluto y Plutón, que eran dos divinidades distintas. Pero la peor de todas es sin disputa la última, y en especial los dos versos finales por aquel intolerable uso de los pronombres enclíticos, de que el señor Burgos nos ha dado tantos ejemplos.

Observaremos también que *urna* no es el sujeto de *versatur,* como parece haberlo creído este caballero, si hemos de juzgar por la puntuación que da al texto latino, y aun por la versión castellana.[1]

Otros descuidos de esta especie hemos creído encontrar en las odas, y por lo mismo que son raros, quisiéramos que (si no nos engañamos en el juicio que hemos hecho del verdadero sentido del texto) desapareciesen de una versión cuyo principal mérito es la fidelidad. Ya desde la oda primera del primer libro tropezamos en aquel pasaje:

A esotro lisonjea
que le aplauda y le eleve
del uno en otro honor la fácil plebe:
otro ansioso desea
cuanto en las eras de Africa se coge
guardar en su ancha troje:
a otro que su heredad cultiva ufano,
no el tesoro riquísimo empeñara
de Atalo a que surcara
tímido navegante el mar insano.[2]

Prescindiendo de lo floja y descoyuntada, por decirlo así, que quedaría la construcción del pasaje latino, si se le diera este sentido, ¿quién no percibe que las imágenes de *guardar cosechas en trojes,* y de *cultivar los campos paternos,*

---

[1] Costrúyase: *sors omnium, serius vel ocius exitura, et nos impositura cymbae in aeternum exsilium, versatur urna.* De otro modo se pecaría contra las leyes métricas.

[2] *Hunc, si mobilium turba quiritium*
Certat tergeminis tollere honoribus;

denotan una misma profesión, que es la del labrador? Horacio, pues, habría dicho que unos gustan de labrar la tierra y otros también. Pero no dijo tal. *Gaudentem* es un epíteto de *illum*; y aprovechando lo que hay de bueno en la versión del señor Burgos, pudiéramos expresar así la idea del poeta:

Al uno si le ensalza
a la cumbre de honor la fácil plebe,
al otro si en su troje
cuantos granos da el Africa recoge,
y con la dura azada
abrir el campo paternal le agrada,
no el tesoro, etc.

En la oda tercera del mismo libro (que es una de las más elegantemente vertidas), leemos:

De bronce triple cota
el pecho duro guarneció sin duda
del que fió primero
el leño frágil a la mar sañuda,
sin ponerle temor su abismo fiero.

No alcanzamos de qué provecho pudiera ser una armadura de bronce contra los peligros del mar. Horacio no dice esto, ni cosa que se le parezca; lo que dice es:

Illum, si proprio condidit horreo
Quidquid de libycis verritur areis;
Gaudentem patrios findere sarculo
Agros, attalicis conditionibus
Nunquam dimoveas, ut trabe cypria
Myrtoum pavidus nauta secet mare.

De roble y triple bronce tuvo el pecho
el que fió primero a la sañuda
mar una frágil tabla, etc.

Modo de decir que se encuentra sustancialmente en otros poetas para ponderar la impavidez, o la dureza de corazón.[1]

---

[1] En este sentido da Teócrito a Hércules el epíteto de *corazón de hierro*, y en el mismo dijo Tibulo:

Disentimos asimismo de la construcción que el señor Burgos da a las dos primeras estrofas de la oda 13 del libro segundo:

Aquel que te plantara
árbol infausto, en ominoso día;
y el que con diestra impía
después te trasladara
a do su descendencia destruyeras,
y la mengua y baldón del lugar fueras.
  En la noche sombría,
con sangre de su huésped inmolado
de su hogar despiadado
el suelo regaría,
y hierro atroz o criminosa planta
pondría de su padre en la garganta.[1]

Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
Quam ferus et vere ferreus ille fuit!

Lo que pudo inducir en error a algunos comentadores fue la expresión *circa pectus,* que en este pasaje se aparta algo de la acepción común, significando *in pectore;* no de otra manera que, sin salir de Horacio, tenemos en la oda vigésima quinta de este mismo libro:

Quum tibi flagrans amor, et libido
Quæ solet matres furiare equorum,
Sæviet circa jecur...

esto es, *in jecore*, porque esta entraña, según Platón y otros antiguos filósofos, era el asiento del amor.

[1] *Ille et nefasto te posuit die,*
Quicumque primum, et sacrilega manu
Produxit, arbos, in nepotum
Perniciem, opprobriumque pagi:
Illum et parentis crediderim sui
Fregisse cervicem, et penetralia
Sparsisse nocturno cruore
Hospitis...

Súplanse en la oración incidente los verbos de la principal, y mediante esta elipsis, tan natural como elegante, construiremos así: *Quicumque primum te posuit et produxit, ille et nefasto die te posuit, et sacrilega manu produxit. Crediderim illum et fregisse cervicem...*

La mente de Horacio es: el que te plantó, en mal punto lo hizo para daño de su posteridad: él fue sin duda un sacrílego, un parracida, un asesino de sus huéspedes. La del señor Burgos es: el sacrílego que te plantó en mal punto para daño de su posteridad, fue un asesino, un parricida; en otros términos, el *malvado* que te plantó, fue un *malvado.*

La primera de las estrofas anteriores nos ofrece un ejemplo del uso impropio del antiguo pluscuamperfecto de indicativo (*plantara, trasladara*), abuso de que hemos hablado en otra parte, y en que incurre el señor Burgos con harta frecuencia. Además, *el que te plantara y el que te trasladara* señalan dos personas distintas: duplicación, que no autorizará el original de cualquier modo que se le construya, y que sólo sirve para embarazar más la sentencia. ¿Y a qué la *criminosa planta* de la segunda estrofa? ¿Representa ella naturalmente un instrumento de muerte? Y si no lo hace, ¿qué gradación hay del hierro atroz al pie criminal? ¿O se habla por ventura de un tósigo? Si es así, la expresión es oscura; y de todos modos no había para qué duplicar la idea del parricidio.

Se dirá tal vez que donde no están de acuerdo los comentadores, era libre a un traductor, y sobre todo a un traductor en verso, escoger la interpretación que le viniese más a cuento. Nosotros no hemos hecho mérito sino de aquellas que en nuestro concepto envuelven un yerro grave de gramática, o un evidente trastorno del sentido. Pero sin insistir más en esta clase de observaciones, haremos una sola con relación a las de la obra castellana, confesando empero estar generalmente escritas con juicio y gusto, y ser ésta una de las partes en que estimamos más digno de aprecio el trabajo del traductor.

"El hombre de conciencia pura (dice Horacio en la oda 22 del libro I) nada tiene que temer, aunque peregrine por los más apartados montes y yermos. Así yo, mientras cantando a mi Lálaje, me internaba distraído por los bosques sabinos, vi

---

et sparsisse, etc. El señor Burgos construyó: *Ille quicumque te nefasto die posuit, et sacrilega manu produxit, crediderim illum et fregisse... et sparsisse.* Donde, prescindiendo de la dislocación de ideas, es necesario tragar el solecismo *ille crediderim fregisse.* Y poco se ganaría leyendo *illum et nefasto* con Nic. Heinsio y Cunningham contra la fe de todos los manuscritos, porque es innegable que aun así quedaría violenta y embrollada la construcción. El pasaje siguiente de Horacio ilustra y confirma la nuestra (que es la de Bexter, Gesner y otros):

Casu tunc repondere vadato
Debebat; quod ni fecisset, perdere litem.
(*Sátiras,* 1, 9).

Esto es, *debebat perdere*, supliendo en la oración incidente el verbo de la oración principal.

huir delante de mí un disforme lobo, monstruo horrible, cual no se cría en las selvas de Apulia, ni en los desiertos de la abrasada Numidia, nodriza de leones. Ponme en los yelos del norte, ponme en la zona que la cercanía del sol hace inaccesible a los hombres, y amaré la dulce sonrisa y la dulce habla de Lálaje." La segunda parte, dicen, no corresponde a la gravedad de la primera, y la tercera no tiene conexión con una ni con otra. Pero ¿no es propio de la ingenuidad y candor que respira esta oda, abultar el peligro de una aventura ordinaria, y atribuir la incolumidad al favor de los dioses, amparadores de la inocencia? Esta juvenil simplicidad se manifiesta a las claras en la ponderada calificación de la fiera, que después de todo no es más que un lobo de las cercanías de Roma. Pero el poeta se acuerda de Lálaje, se representa vivamente su dulce habla y su dulce sonrisa, y la jura un amor eterno. La idea de este amor se asocia en su alma con la idea de una vida inocente y sin mancha, que le asegura en todas partes la protección del cielo: transición adecuada a la índole de esta ligera y festiva composición. El señor Burgos dice que no se puede adivinar si es seria o burlesca. No es uno ni otro. Este candor ingenuo está a la mitad del camino que hay de lo grave a lo jocoso. El que quiera ver aún más claro cuán lejos estuvo de percibir el verdadero tono y carácter de esta pieza quien pudo así juzgarla, lea su traducción por don Leandro Fernández de Moratín, que los representa felicísimamente.

Pasando de las odas a las sátiras y epístolas castellanas, sentimos decir que no percibimos en éstas ni la exquisita elegancia, ni el desenfado, ni la gracia que hacen del original un modelo único. Rasgos hay sin duda de bastante mérito esparcidos acá y allá, pero a trechos sobrado largos. Ninguna de ellas se puede alabar en el todo, ya por lo desmayado y prosaico del estilo en que por lo general están escritas, ya por la poca fluidez del verso. Cotéjense los pasajes que siguen con los correspondientes de Horacio, y dígase si los ha animado el espíritu de este gran poeta. Hemos hecho uso de los que casualmente nos han venido a la mano:

¡Venturoso el soldado!
va a la guerra, es verdad, pero al instante
muere con gloria o tórnase triunfante.

La expresión no es correcta. El soldado no muere o triunfa en el momento de salir a campaña.

¿Qué más da que posea
mil o cien aranzadas el que vive
según naturaleza le prescribe? –
Mas siempre es un encanto
tomar de donde hay mucho. – Y mientras puedo
de un pequeño montón tomar yo tanto,

¿valdrán más que mi saco tus paneras?
Lo mismo es así hablar, que si dijeras
agua para beber necesitando:
quiero mejor que de esta humilde fuente
irla a beber al rápido torrente.

Entre estos versos hay algunos felices; pero *tomar tanto* por *tomar otro tanto* nos parece algo oscuro; ni Horacio habla de torrente, sino de un gran río, imagen que contrasta aquí mucho mejor con la de la fuente.

Es la ociosidad, hijo, una sirena:
húyela, o a perder hoy te acomoda
el buen concepto de tu vida toda.

Aquí no hay más que el pensamiento de Horacio expresado en un verso durísimo, y en otros dos, que no tienen de tales más que la medida.

Yo mismo vi a Canidia arremangada,
descalza, los cabellos esparcidos,
y por la amarillez desfigurada,
dar con Sagana horrendos alaridos.[1]

Cualquiera percibirá cuánto realzanel cuadro de Horacio el *vadere y el nigra palla* que es como si dijéramos el movimiento y el ropaje de la figura, y que el traductor se dejó en el tintero. Ni *arremangada* expresa lo que *succinctam. Arregazada* hubiera sido, si no nos engañamos, más propio.

En la fábula de los dos ratones, con que termina la sátira 6 del libro II, derramó Horacio profusamente las gracias de estilo y versificación, haciéndola, no obstante la tenuidad del sujeto, una de sus producciones más exquisitas. Comparemos:

A un ratón de ciudad *un campesino*
su amigo y camarada,
recibió un día en su infeliz morada.

---

[1] *Vidi egomet nigra succinctam vadere palla*
Canidiam, pedibus nudis, passoque capillo,
Cum Sagana majore ulutantem... –

El primer verso es anfibológico. *Un campesino* significa un hombre del campo, y no significa otra cosa. ¿Y cómo pudo el señor Burgos llamar infeliz la morada del ratón campesino, sin reparar que este epíteto se halla en contradicción con la moral de la fábula?

En nada clava el *ciudadano* diente.

¿Pinta este verso, como el *tangentis male singula dente superbo* al convidado descontentadizo que prueba de todo y nada halla a su gusto? ¿Y puede darse a un diente el epíteto de *ciudadano*?

Al pueblo entrambos marchan convenido
para llegar después de oscurecido.

¿Dónde está la expresiva elegancia del *nocturni subrepere*? Los versos castellanos pudieran convenir a dos hombres, o a dos entes animados cualesquiera. Los de Horacio nos ponen a la vista dos ratoncillos.

Algo tienen de poético los que siguen:

En medio estaba ya del firmamento
la luna, cuando el par de camaradas
entróse en un alcazar opulento,
donde colchas en Tiro fabricadas
soberbias camas de marfil cubrían,
y aquí y allí se vían
mucha bandeja y mucha fuente llena
de los residuos de exquisita cena.
Sobre tapiz purpúreo al campesino
el ratón de ciudad coloca fino;
por do quier diligente corretea,
y de todo a su huésped acarrea;
y como fueros de crïado lleva,
de cuanto al otro sirve, él también prueba.
De mudanza tan próspera gozaba
y por ella su júbilo mostraba
el rústico ratón; mas de repente
de gente y puertas tráfago se siente.
Echanse de las camas los ratones;
y atravesando en fuga los salones,
van con doble razón despavoridos,
pues oyen de los perros los ladridos.

¡Pero qué débil este último verso, comparado con el *domus alta molossis personuit canibus*, en que oímos el ladrido de los perros de presa, que llena todo el ámbito de un vasto palacio! Aún es peor la conclusión:

El campesino al otro entonces dice:
No esta vida acomódame infelice.
¡Adiós! seguro y libre yo prefiero
a estas bromas mi bosque y mi agujero.

La índole del estilo familiar no se aviene con las violentas trasposiciones del señor Burgos, ni el buen gusto con sus voces y frases triviales.

La parte ilustrativa de las sátiras y epístolas se hace notar por la misma sensata filosofía y delicado gusto que caracterizan la de las odas. Desearíamos empero que se escardase de algunos (en nuestro sentir) graves errores. Citaremos unos cuantos que hemos encontrado en las notas a la sátira 10 del libro I°.

"*Pater latinus* (se nos dice al verso 27) designa evidentemente al viejo Evandro, a quien Virgilio dio la misma calificación en el libro VII de la *Eneida*." Ni Horacio ni Virgilio pudieron dar tal calificación a un príncipe griego.

En la nota al verso 43, se dice que "en los versos yambos y coreos se llevaba la medida de dos en dos pies, y entonces se llamaban trímetros, así como se llamaban senarios cuando se hacía la cuenta por medidas prosódicas". Pero primeramente no hay versos yambos ni coreos. El señor Burgos quiso decir yámbicos y trocaicos. En segundo lugar, es inexacto decir que estos versos, cuando se llevaba la medida de dos en dos pies, se llamaban trímetros, porque es sabido que en tal caso podían llamarse también dímetros o tetrámetros, según el número de medidas o compases de que constaban. 3° Cuando se hacía la cuenta de otro modo, no por eso se llamaban necesariamente senarios, sino sólo cuando constaban de seis pies. Y 4° Querríamos que el señor Burgos nos explicase qué es lo que entiende por medidas prosódicas. No es éste el único lugar en que se le trasluce menos conocimiento de la prosodia y metros antiguos de lo que corresponde a un traductor de Horacio.

Resumiendo nuestro juicio, decimos que la obra de don Javier de Burgos es una imperfectísima *representación* del original. Ella nos da ciertamente las ideas, y aun por lo general, las imágenes de que aquel delicadísimo poeta tejió su tela; mas en cuanto a la ejecución, en cuanto al estilo, podemos decir, valiéndonos de la expresión de Cervantes, que sólo nos presenta el envés de una hermosa y rica tapicería. Justo es también añadir que, considerada como un *auxilio* para facilitar la inteligencia del texto, para dar a conocer el plan y carácter de cada composición, y para hacer más perceptibles sus primores, la conceptuamos utilísima. Es una débil traducción, y un excelente comentario. (...)

1827